

Después de esto, despidióse Belial de sus dos vasallos y batiendo sus negras alas se lanzó al espacio, en tanto que Satanás entraba á tomar posesion de su cueva y que Astaroth se abria paso entre las rocas para bajar al valle.

No anduvo tardo Satanás en empezar á poner en práctica las instrucciones recibidas de su señor.

Aquel mismo dia Juan Garin al dar su paseo nocturno acostumbrado y al revolver de una peña, se encontró con el nuevo ermitaño.

Ambos se quedaron un momento contemplándose con asombro.

—Padre,—dijo por fin el ermitaño á Garin rompiendo el primero el silencio,—habitais acaso este monte?

—Sí, hermano,—contestó Garin.

—Acaso vivís aquí penitente anacoreta?

—Han ya ocho años.

—Cómo es pues posible,—prosiguió Satanás,—que en tres años que llevo yo de vida solitaria y penitente en estos riscos, jamás os haya visto ni encontrado?

—Luego vos....

—Soy,—interrumpió Satanás,—un humilde pecador que aquí ha venido á pedir perdon de sus enormes culpas á la soledad, al cilicio y á la mortificación.

—Grandes pecados hemos cometido, hermano,—dijo Garin.

—Sí, hermano, pero bien los hemos ya purgado.

Garin miró al ermitaño.

Satanás se mordió los labios. Conoció que habíase propasado demasiado para una primera entrevista.

En efecto, Juan Garin saludó al ermitaño y se disponia á seguir su camino cuando este le detuvo.

—No os place,—le dijo,—la sociedad de otro penitente como vos?

—Deseo la soledad,—contestó secamente Garin.

—Pero puesto que nos hemos hallado,—insistió el tenaz ermitaño,—porqué reusar mi compañía?

—Porque tengo ya otra.

—Cuál?

—La del Señor.

Y Garin se santiguó y pasó de largo, sin notar el brusco movimiento que hizo y la precipitacion con que le abrió paso su interlocutor á la señal de la cruz hecha por el santo varon.

Al siguiente dia, Garin al salir de la cueva, vió en una peña paralela situada á dos tiros de ballesta de la suya, al ermitaño de la víspera devotamente arrodillado y piadosamente arrobado en sus oraciones, sin que en larguísimo rato se meneara de su postura parecido á una estatua de piedra. Prendió el santo varon observarle con cuidado y no solo en aquel dia sino en el transcurso de los siguientes, observó que los pasaba casi enteros arrodillado y rezando. Aquella constancia en el rezo, mayor que la suya, movió la emulacion de Garin inspirándole al mismo tiempo un singular afecto hácia el compañero que penitente habia ido á orar en el fondo de una salvaje montaña.

Así es que, cuando siete dias mas tarde se halló nuevamente con él en un sendero de las rocas, ya no huyó su sociedad como en la primera entrevista, y simpatizando con el arrepentido pecador que pasaba los dias entregado á la penitencia, se prometió tener en él un ejemplo y un consejero.

Juan Garin y el nuevo ermitaño acabaron pues por ser los mayores amigos del mundo.

Como se vé, Satanás el anacoreta empezaba á cumplir las instrucciones dadas por su gefe.

Veamos ahora como las cumplia Astaroth el paladin.

III.

EL DONCEL DE LOS CABELLOS DE ORO.

ERA una deliciosa noche de Mayo, del *minnemonath* (mes del amor) de Carlo Magno. La brisa era tibia, el cielo tempestuoso, la luz intermitente de la luna rasgaba las nubes en caprichosos fragmentos, el valle tenia un aspecto singularmente salvaje, y todos los aromas de las plantas, arremolinados por

el aire nocturno, iban á acariciar, impalpables emanaciones de invisibles ramilletes, el rostro de una jóven asomada á una ventana del palacio condal.

Riquilda, la hija de Wifredo el velloso, el héroe de las crónicas, como Recaredo el alma de las leyendas, como Carlo Magno el rey de las baladas, Riquilda era la bella entre las bellas.

Sus cabellos descendían en rizos de ébano sobre su cuello tan blanco como el del cisne formado de la espuma del mar; su talle se cimbraba como el de una esbelta hija del Norte ó como el de una graciosa palma del desierto; sus ojos negros y ardientes despedían, en sus gemelos rayos, todo el fuego de la raza meridional; casi nunca abandonaba su traje blanco, símbolo de su pureza de paloma.

Un día que Wifredo daba un festín en su palacio de Barcelona, había llegado un bardo de luengas tierras nacido en los campamentos y criado en las cortes de los reyes godos. Wifredo le había invitado á beber en la copa hospitalaria de los condes. El bardo había tomado asiento en la mesa del festín. Al terminarse este y cuando el peregrino trovador llevaba por tercera vez la copa á sus labios, habíase abierto la puerta presentándose como una aparición la hija del conde.

Deslumbrado el bardo por tan melancólica belleza, desató la vieja lira que colgaba de su espalda y, en un canto de amor, llamóla Ilodo-hilde (diamante noble) del mediodía, invocando todas las bendiciones de Dios y todas las felicidades de la tierra sobre la frente del guerrero jefe que fuera un día á entregarla el sueldo de oro y el dinero de cobre en señal de tomarla por esposa, recibiendo de ella la manzana mordida en señal de aceptar su amor.

Desde entonces Riquilda era llamada por algunos *el diamante del conde*.

Bella al par que tempestuosa estaba la noche como hemos dicho. Un alma jóven y amante, un corazón ardiente dispuesto á abrirse á todas las emociones como una flor á las gotas de rocío, encuentra en contemplar los espesos matorrales, las sombrías alamedas, las aromosas florestas iluminadas por el resplandor amarillento de la luna, el mismo encanto y la misma fascinación que el ruiseñor en la mirada del sapo.

Riquilda quedóse aquella noche hasta muy tarde asomada á la ventana, viendo cruzar las nubes en aéreas visiones y en grupos de fantasmas, respirando los soplos acres de la vecina tempestad mezclados con los perfumes debilitados de la flor del valle, y oyendo, lejanos y misteriosos, todos esos rumores incomprensibles de la noche y de las montañas.

De pronto le pareció oír como un ruido de cuerno de caza y como los ahu-

llidos de toda una jauría. Lo que al principio tomara por una alucinación fué luego convirtiéndose en una realidad. Riquilda oyó el cuerno mas distinto, los ahullidos mas cercanos, y, á la luz de la luna, vió, por entre una muralla de hayas situadas mas acá del Tibi Dabo, pasar como sombras una tropa de fugaces caballeros.

Una caza de noche!... Era incomprensible.

A poco, la tropa de caballeros desembocó en el valle siguiendo á un ciervo, al cual el miedo y la proximidad del peligro daban alas. El pobre animal cruzó todo el llano con la rapidez del rayo, y fué á pasar por junto las paredes del castillo condal. Tras de él vino la jauría, tras de la jauría los caballeros montados en soberbios alazanes, que cruzaron á la vista de Riquilda, arrastrados por un galope furioso, violento, rápido, sobrenatural.

Al pasar por debajo la ventana de Riquilda, un caballero levantó la cabeza, y la hija del conde pudo ver un rostro varonil y bello, una mirada suave y dulce brotando de unos ojos azules como el cielo, una expresión melancólica y tierna esparcida como un baño de luz por la fisonomía, y todo adornado por las rubias olas de cabellos que, rebeldes y á puñados, se escapaban de un casco bruñido y sin plumas en que la luna reverberaba su moribunda luz.

Ciervo y cazadores desaparecieron; pero no cesó de oírse el ruido del cuerno, ni los ahullidos de los perros. Otra vez volvió á presentarse la tropa en el valle siempre impulsada por el mismo galope, inclinados los caballeros sobre el cuello de sus caballos como espigas encorvadas por el viento; pero, cosa extraña! Riquilda veía todo aquello, y no oía el galope de los caballos. Hubiérase dicho que era una cacería de fantasmas.

Tres veces pasó la comitiva rozando las paredes del palacio condal á los ojos atónitos de Riquilda que en vano prestaba el oído para apoderarse de un relincho, del rumor de un casco de alazan resbalando en una peña; tres veces el caballero de los rubios cabellos levantó la cabeza como si allí hubiera sabido ó adivinado la presencia de una muda espectadora; tres veces la hija del conde clavó sus ojos en el rostro peregrino del extraño cazador!

Riquilda empezaba á sentir como un vértigo y se separó de la ventana. Toda la noche continuó oyendo el ruido de la bocina y la voz de la jauría, y una vez que, presa de una rara pesadilla, cediendo como á un impulso desconocido, saltó de su lecho para de nuevo asomarse á la ventana, vió á los guerreros cazadores á poca distancia, apeados del caballo y reposando tendidos en un claro de luna, mientras que de cara al palacio, montado en su ala-

zan, inmóvil como una estatua, aparecía el de los rubios cabellos, fijos sus ojos en la ventana de la doncella.

Riquilda sintió formarse una cosa desconocida en su seno, sintió como que nacía para ciertas emociones antes ignoradas y volvióse otra vez á su lecho procurando vanamente buscar en el sueño un escudo contra sus nuevos y fecundos pensamientos.

La luz del sol al disipar todas las visiones del valle, no dispó la estraña confusión que en el alma de la jóven se había formado.

Todo el día lo pasó entregada á su fatídica obsesión.

Por la tarde bajó con sus doncellas á orillas del Llobregat, y se sentó á mirar las juguetonas y cristalinas aguas del río que rodaba antiguamente sus olas, insiguiendo la tradición, por un lecho de arenas de oro.

Sumerjada estaba en su meditación y apartadas sus doncellas, cuando un ruido que oyó en un vecino cañaveral la hizo volver la cabeza; entonces vió apartarse las cañas y aparecer al pié de un sauce, bello como una ilusión de amor, el jóven cazador de los rubios cabellos que tres veces había aquella noche levantado su cabeza al pasar por debajo su ventana.

Riquilda quiso huir, pero el guerrero doncel dió un paso y la detuvo dejando llegar hasta su oído una voz dulce y simpática como el canto del ruiseñor á media noche.

—Riquilda, noble hija de condes,—esclamó el doncel,—no huyas mi presencia. Quédate, te lo suplico! Soy un desgraciado y tu compañía puede ser para mí lo que el bálsamo misterioso para la herida recibida en la batalla.

Y Riquilda se quedó, y aun diz que tendió al jóven su trémula mano que el doncel cazador estrechó con efusión entre las suyas.

Lo que luego se dijeron solo lo oyeron las aguas que corrian rumorosas á sus piés, y las aguas no lo han dicho.

La tradición solo ha conservado las últimas palabras de la entrevista que tuvo á orillas del Llobregat la hija de los condes con el doncel de los cabellos de oro.

—Pero bien, decía la doncella al retirarse, quién eres tú que tan poderosa fascinación ejerces en mis sentidos, quién eres?

—Soy, Riquilda,—esclamó con voz tierna y apasionada el jóven guerrero,—soy..... soy un *golo*.

La palidez de la muerte cubrió el semblante de la bella.

Nadie ignora la creencia de los godos respecto á los *golos* á quienes tenían por vampiros que se transformaban en hombres para alimentarse con la

tierna sangre de las doncellas. La raza de Wifredo, raza de godos, no estaba por cierto exenta de semejante superstición, y el cristianismo solo poco á poco y muy pausadamente iba desterrando esas preocupaciones, que fueron por largo tiempo patrimonio hasta de muchos de los mismos que con mas fervor proclamaban el símbolo de la cruz.

Riquilda se hizo atrás.

—Oh! no te asustes, prosiguió el doncel, yo no he nacido *golo*, y aun cuando ahora pertenezca á ellos, soy sin embargo del número de los *golos* que obedecen á Dios: óyeme, Riquilda. Yo vivo en un lugar delicioso, en la montaña que se llama Monserrate, y solo me es permitido salir de allí durante el mes de mayo; mes que lo paso entero entregado á los placeres de la caza junto con los *golos* mis camaradas, á quienes se les devuelve la libertad durante la misma época. Hé ahí porqué anoche nos vistes cruzar por debajo de tus ventanas en persecución de un ciervo, aprovechando el mes de libertad que se nos concede, y cuyo plazo espira mañana. Yo antes era un jefe temido llamado por mis godos Swinde-bald (*ágil y audaz*), pero convertido en *golo* en el acto de morir, fui destinado por Dios para invisible guarda de un penitente solitario al que llaman Juan Garin, y que habita en las peñas de Monserrate. Yo soy el que invisible y secretamente fortalezco al anacoreta y le guio por el saludable camino de la virtud. Esa constante obediencia á las órdenes de Dios me ha hecho acreedor á un premio, y volveré á ser mortal cuando encuentre á una virgen jóven y hermosa que se decida á ir á hacer penitencia por solo nueve días en la ermita del santo y piadoso anacoreta. Al espirar el noveno día de ayuno y penitencia por parte de la doncella, yo volveré á ser Swinde-bald el guerrero.

En el alma de la jóven, criada entre todas las supersticiones de la época, aquella relación debía influir estraña y poderosamente, y Swinde-bald podía ya contar de antemano con el auxilio de la doncella á quien tan amorosa y ciegameamente había logrado fascinar.

En efecto. Riquilda prometió ser la virgen salvadora, y Swinde-bald se separó de ella lanzándola una postrera y suplicante mirada.

Al siguiente día, último de mayo, aun la jóven tornó á ver al doncel de los cabellos de oro en un momento que, al anoecer, se asomó á la ventana para respirar las primeras frescas brisas de la noche. El guerrero, que sin duda no esperaba otra cosa al pié del castillo, hizo una seña á la hija del conde como para recordarla su promesa, y al recibir la favorable contestación, se alejó en seguida, no sin volver varias veces la cabeza, en dirección á Monserrate.

Ahora bien, Swinde-bald el *golo*, ya nuestros lectores lo habrán comprendido, no era otro que Astaroth el diablo.

Riquilda cumplió su promesa. Presentóse á su padre, le dijo que habia dispuesto hacer nueve dias de penitencia por una leve falta y pecado en que habia caido, y que para ser mas dura y mas bien acogida de Dios la espiacion, queria hacerla en el desierto de las peñas de Monserrate, donde no tuviera mas compañía que la de un santo y penitente varon que en ellas moraba dispuesto á ausiliar con sus severos consejos á cualquier arrepentido pecador.

Nada mas comun en aquellos siglos que un voto semejante. No era Riquilda la primera jóven que iba á entregarse por espacio de nueve dias, en lo recóndito de un monte desierto, al consuelo de la penitencia y de la oracion.

Sin embargo, Wifredo hizo cuanto pudo para disuadir á su hija, pero viéndola resuelta á no ceder, determinó él mismo acompañarla y esperar en un pueblo inmediato el término del plazo que se habia fijado la jóven para cumplir su religioso voto.

El conde, pues, partió á los tres dias para Monserrate escoltando á Riquilda y seguida de una corta comitiva.

IV.

LA DONCELLA DEGOLLADA.

El conde y su hija llegaron al pié de la montaña de Monserrate.

Por última vez procuró Wifredo disuadirla, pero Riquilda que acababa de ver de pié encima de una peña al jóven cazador de los cabellos de oro, empujó su caballo hácia adelante sin haber oido siquiera las palabras que su padre acababa de pronunciar.

Ambos empezaron entonces á trepar la caprichosa montaña, el padre con la tristeza en el alma, la hija con la felicidad en el corazon.

Aun vió otra vez la doncella á Swinde-bald en lo mas elevado de un grupo de peñas y de pié junto á la boca de una cueva. Hacíala señas, mirábala con ternura y el rayo magnético de su mirada, atravesando el espacio, iba á clavarse como un dardo en el corazon de la fascinada jóven.

La comitiva de Wifredo, despues de haber vencido obstáculos que parecian insuperables, llegó á la cueva, pero á su puerta solo vió Riquilda un penitente vestido con burdo sayal que habíase asomado curioso y asombrado al oir por primera vez resonar voces humanas y relinchos de caballo en la montaña.

Era Juan Garin.

Esplicóle Wifredo el objeto que allí les traia y como sabedor de la reputacion y fama de santidad del huésped de Monserrate, no vacilaba en confiarle por nueve dias su hija para que la guiara con sus sanos consejos por el camino de penitencia que á sí misma se impusiera.

Todos los ruegos del conde y todas las súplicas de la doncella fueron precisas para que el solitario varon consintiera en guardar á su lado á la jóven hija de los condes.

Accedió por fin, Riquilda se quedó, y bajóse Wifredo al pueblo de Monistrol á esperar el término del plazo para de nuevo abrir sus brazos á su hija, purificada por la oracion y la penitencia, y regrésar con ella á su palacio condal.

Astaroth habia ya cumplido con su mision; tocábale el turno á Satanás.

Este durante aquel tiempo se habia hecho muy amigo de Garin, que creia un santo varon á su compañero de penitencia y con el cual hablaba y consultaba todos los dias al caer la tarde.

El primer dia de la estancia de la jóven en su cueva pasólo entero entregado á prácticas religiosas, pero al llegar la noche sintióse Garin desfallecido y turbado, no acertaba á hallar las palabras de su cotidiano rezo y dos veces interrumpió su *Ave María* para volver la cabeza en busca de la doncella que, acurrucada en un rincon, tenia fijos los ojos en un punto de la cueva, cual si viera un objeto embelesador, invisible á otra cualquier mirada que la suya.

Garin sintió como un vago remordimiento de haber accedido á la voluntad del conde. Conoció que la presencia de la doncella era la que le turbaba, la que le impedia entregarse por entero á sus santas oraciones.